

Juan Luis
Cebrián

CAOS

El poder de los idiotas

Juan Luis Cebrián, fundador y presidente de honor del periódico *El País*, asegura que estamos ante un orden internacional inestable; el más inestable desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En este breve pero profundo ensayo tratará de explicar por qué, y lo hará desde varias perspectivas: el futuro de la democracia, el calentamiento global, el auge de los nacionalismos, las nuevas formas de empleo, el desplazamiento del poder y la riqueza hacia Asia o la crisis del capitalismo. Todo ello sin obviar los temas que más nos preocupan como españoles, a saber, la corona, Cataluña o la «nueva normalidad».

Índice de contenido

Prólogo. Como si el mundo perdiera el resplandor

El poder de los idiotas

I

II

Sobre el autor

Para Mihaela, junto a mí siempre.

El propósito de este ensayo es alertar a la ciudadanía sobre las amenazas actuales contra la democracia y la libertad en un mundo cada vez más atribulado y caótico que se muestra incapaz de gestionar su destino.

Escrito de un tirón durante los días del confinamiento, he utilizado en su redacción ideas, párrafos y resúmenes de escritos por mí publicados en varios periódicos, singularmente *El País* de Madrid y *La Stampa* de Turín.

No se trata de una recopilación, sino de una obra original en la que encuentran refugio algunas reflexiones anteriores y anécdotas por mí vividas, como si de bocetos o apuntes previos se trataran. Es una meditación personal, atribulada por los acontecimientos. No aspira a convertirse en un texto académico ni en un relato. Solo son las reflexiones de un ciudadano más que, como tantos otros, añora un futuro mejor para la Humanidad.

Prólogo

Como si el mundo perdiera el resplandor

Al principio casi nadie lo creía y desde el poder se agita-
ba esa incredulidad. La Organización Mundial de la Salud
había avisado de que se avecinaba una potencial pandemia
y en China, en Corea, en otros lugares de Asia, la gente era
confinada en sus casas. Los europeos pensaban que eso
era cosa de civilizaciones lejanas cuyos habitantes comían
alimentos extraños. ¿A quién se le ocurre cocinar un mur-
ciélagos? Ya teníamos bastante con los erizos, los percebes,
los chapulines y los caracoles.

En España la cosa empezó a preocupar un poco más
con las noticias que llegaban de Italia, pero seguro que allí
se habían equivocado en algo, estaban exagerando, no po-
día ser para tanto. Cada mañana, en las pantallas de televi-
sión aparecía el responsable científico del gobierno experto
en epidemias, un tonto ilustrado que se comportaba como
si todo lo supiera. En su opinión no convenía alarmarse más
de lo debido: los síntomas eran parecidos a los de la gripe
y no resultaba previsible que hubiera muchos infectados.
Uno o dos a lo sumo. Ningún riesgo poblacional. El presi-
dente del gobierno, un gabinete progresista y feminista se-
gún insistían sus miembros, explicó que el país tenía uno

de los mejores sistemas de salud del mundo. Ningún pánico entonces. Convenía, eso sí, lavarse las manos con agua y jabón varias veces al día. Las televisiones emitieron reportajes sobre la manera adecuada de abrir el grifo y frotarse los dedos durante un minuto al menos.

Se anularon algunos eventos, privadamente hubo quien canceló sus viajes previstos, pero la vida normal seguía. Valencia se preparaba para las Fallas. Una comunicación del Ministerio de Trabajo a las empresas sobre medidas de precaución, fechada el 4 de marzo, fue retirada de manera urgente por las autoridades sanitarias. No se puede alarmar a la gente, aquí mando yo, diría quizás el tonto ilustrado. También algún que otro tonto. El 6 de marzo asistí en Madrid a una comida de cientos de comensales en la que había un nutrido grupo de políticos de la derecha. Algunos se saludaban entre risas chocando los codos. Otros más expresivos estrechaban los abrazos y hasta vi a uno que se comía a besos a una diputada. Los comentarios versaban sobre la gran manifestación por la igualdad de género convocada para el día 8 de marzo. El gobierno feminista y progresista de Pedro Sánchez y las gentes que lo arropaban habían previsto una demostración de fuerza en las calles. ¿Era prudente mantenerla ante la amenaza de la epidemia? ¿Se podía ir a la manifestación sin riesgos de contagio? El idiota oficial volvió a tranquilizar las conciencias: que cada cual hiciera lo que le viniera en gana. Ese domingo miles de españolas y españoles, con el gobierno casi en pleno al frente, llenaron las calles. El mismo día que Italia ponía en cuarentena la Lombardía y otras provincias adyacentes. Dieciséis millones de personas atrapadas. ¡Caray!, decían los españoles, no puede ser para tanto.

* * *

En la conferencia de prensa del lunes 9 la sonrisa del tonto se congeló. Mil doscientos casos positivos de coronavirus

en España y veintiocho muertos. La Comunidad de Madrid cerró de urgencia todos los centros educativos. Los periodistas preguntaron al gobierno feminista y progresista cómo permitieron y alentaron las manifestaciones del día anterior en semejante situación. El ministro de Sanidad dio una respuesta explícita: los datos solo se habían conocido en la tarde del domingo, justo horas después de la concentración. Además del coronavirus, una nueva epidemia comenzó a extenderse: la de la mentira.

Cundió un pánico moderado, en ningún momento fuera de control. El partido de fútbol Valencia-Atalanta se pudo jugar a puerta cerrada, sin espectadores ni prensa, porque el visitante viajaba desde Italia, pero no convenía exagerar. Cientos, quizá miles de seguidores del equipo español acudieron a las inmediaciones del estadio. La Policía no hizo nada para dispersarlos. Enfrentarse a una hinchada es siempre peligroso para la estabilidad de cualquier gobierno. Muchos pensaron después que aquella concentración humana se encontraba en el epicentro de la explosión de la pandemia.

Los Reyes viajaron a París para comer con Macron y asistir a un acto con más de mil personas en homenaje a las víctimas del terrorismo. Se saludaron sonrientes con el presidente francés y su mujer sin darse la mano. Por su expresión, ese movimiento de hombros y codos parecía más un divertido juego social que una seria prevención clínica. Antes dar codazos era una forma de violencia, ahora es un acto de educación.

* * *

El pánico comienza con las noticias sobre nuevos contagios y la imposición de algunas cuarentenas menores en pueblos y hoteles determinados, aunque el gobierno duda todavía sobre qué medidas adoptar para atajar el virus. Los supermercados son tomados casi al asalto por los clientes

que arramplan con lo que pueden y acaban con las existencias de papel higiénico. ¿Será que el virus provoca cagaderas? Pedro Sánchez anuncia el día 13 que piensa convocar el estado de alarma, pero todavía tarda veinticuatro horas en hacerlo. No habrá Fallas, ni Semana Santa, ni Feria de Sevilla... Gran preocupación por las pérdidas. Los cadáveres no merecen todavía muchos comentarios. Más muertos causa la gripe.

Surgen diferencias en el seno del gabinete entre socialistas y los ministros de Podemos. Los líderes independentistas catalanes protestan porque el Estado trata de arrebatarles competencias aprovechando la invasión del virus. El nombramiento de un mando único suena como una advertencia. Durante un par de días los políticos siguen más empeñados en discutir sobre sus cosas que en proteger a la gente.

Comienza por fin el confinamiento y la respuesta de los ciudadanos es mayoritariamente tranquila y ejemplar, como dicen los códigos de buena conducta. O quizá no tanto, porque les mueve el miedo. Frente al desconcierto del poder, la ansiedad y la reflexión, tan contradictorias entre sí, se convierten en virtudes cívicas. La inmensa mayoría se queda en casa; solidaridad con los mayores, los débiles, los desfavorecidos. Los hospitales se colapsan, el Ejército construye instalaciones de urgencia, los sanitarios no dan abasto, demandan mascarillas, batas, protección. Las residencias de ancianos se han convertido ya en vulgares morideros.

En las redes, para olvidar la angustia, triunfan el humor, los memes y los chascarrillos. Los españoles aprenden de la soledad y el sufrimiento de Italia. Esto ha de durar muchas más de dos semanas, quizá más de dos meses, los más realistas predicen un par de años. Comienzan a asombrarse de que en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos se cometan los mismos errores en que incurrimos nosotros. La experiencia ajena no sirve nunca para nada.

* * *

Las televisiones emiten imágenes de una nave en Bérghamo en la que se amontonan féretros de las víctimas de la enfermedad. Camiones del Ejército transportan cajas mortuorias a otras provincias, ante la imposibilidad de incinerarlas allí. Ya con más de cien mil infectados y diez mil muertos por la epidemia, en España ni siquiera se ha publicado una fotografía de algo semejante. El mando único no quiere imágenes de muerte, solo estadísticas y cifras. Prohibido organizar velatorios de los familiares fallecidos. Prohibido acudir a despedirles en su último adiós. En el Palacio de Hielo de Madrid, sobre la pista de patinaje en la que hasta hacía nada discurrían rítmicamente las piernas de jóvenes adolescentes, se amontonan centenares de cadáveres envueltos en bolsas de plástico del Ejército. El gobierno busca desesperadamente aprovisionarse de féretros. Que no se sepa porque los especuladores están siempre al acecho.

Con dos semanas de retraso respecto a Italia en el inicio de la crisis, las autoridades españolas no han aprendido mucho de la tragedia allí vivida. Una de sus principales preocupaciones es el control de la información. El tonto oficial sigue diciendo tonterías, aunque muchos se las creen. Como además le gusta salir en la tele, al paso que lleva algún día caerán sobre él todas las culpas. ¿O no ha habido culpa de nadie? Un par de fechas antes de que se encendieran oficialmente las alarmas no cesaba de repetir que en España apenas habría algunos contagios. Luego él mismo se contaminó, igual que el general jefe de operaciones de la Guardia Civil y el jefe superior de la Policía. Tres de los cinco responsables directos de las actividades para contener el virus sucumbieron a él. Nos anunciaron, uniformados y condecorados con kilos de medallas, que la guerra contra el virus la íbamos a ganar. ¿Qué guerra? ¿No éramos víctimas de una epidemia?

* * *

Además de feminista el gobierno es oscurantista. Parece un patriarcado. Las ruedas de prensa se celebran telemáticamente sin la presencia siquiera virtual de los periodistas, quienes han de enviar sus preguntas por escrito. El funcionario de turno selecciona las cuestiones que él mismo plantea de viva voz, redactándolas a su gusto. No hay repreguntas tras las contestaciones generalmente irrelevantes y evasivas del poder. La ignorancia y el pasmo de quienes lo ejercen son lo único transparente. Alguien inquiriere a Pedro Sánchez si, además de su mujer, hay otros miembros de su familia contagiados. «Ninguna familia española está fuera de peligro», responde. Calla que su madre y su suegro han sido también presas del virus.

Las autoridades van de forma permanente por detrás de los acontecimientos, maniatado el poder político por su debilidad parlamentaria. Se escuda en que nadie en ninguna parte fue capaz de prever la catástrofe, y enfatiza que lo sucedido en la mayoría de Europa y los Estados Unidos viene a darle la razón. Frente al desconcierto oficial la respuesta popular y de los profesionales de la sanidad es nuestro único consuelo. El confinamiento de las familias funciona de manera muy eficaz, sin disturbios ni apenas resistencias. Españoles e italianos confraternizan desde los balcones, cantando y riendo para darse ánimos. Los psicólogos sociales y no pocos historiadores nos acusan de ser en extremo individualistas, generosos desde luego, pero también muy envidiosos. A juzgar por la reacción frente a la catástrofe, en España existe una sociedad civil madura y responsable, más disciplinada y solidaria que las de otros países desarrollados. El virus asesino ha puesto a prueba nuestra civilización.

El pueblo reaccionó con moderación y disciplina, pero cunde la impresión de que el sistema no funciona, ni nacional ni internacionalmente. Existe una gran descoordinación,

ausencia de criterios y de medidas comunes y homogéneas para los países de la Unión Europea, mientras se levantan fronteras y se expulsa al extranjero. Las Naciones Unidas y el Banco Mundial habían alertado en septiembre de 2019 de que una catástrofe de esta naturaleza constituía ya por entonces una amenaza absolutamente realista. La Europa del bienestar hizo caso omiso y se encontró de repente con que no tenía camas de hospital, ni personal médico, ni respiradores, ni investigación suficiente para pelear contra un germen patógeno de naturaleza desconocida. Tampoco un liderazgo capaz de aunar esfuerzos, iluminar voluntades y diseñar el día de después. Frente a la eficiencia asiática, la eficacia de las democracias está en entredicho. Pagaremos un alto precio por nuestra arrogancia e improvisación. Por la avaricia de los mercados también. Vendrán malos tiempos para la libertad.

* * *

Cuando empezó a doblarse, a normalizarse al menos, la curva de la pandemia, comenzamos a sentir en toda su dureza la crisis económica y social. En solo catorce días de marzo, desde el inicio del estado de alarma, se destruyeron en España 800.000 puestos de trabajo y las previsiones más prudentes apuntan a que las cifras aumentarán por encima del millón. Y eso que el gobierno ha puesto en marcha un plan de emergencia para suspender de empleo temporalmente a muchos otros cientos de miles a los que el Estado pagará un alto porcentaje de su sueldo. Este contingente no entra en las estadísticas del paro. Desde el 30 de marzo se paraliza por completo la producción salvo en aquellos servicios considerados esenciales. El gobierno tomó la decisión sin negociarla con los empresarios, los partidos de la oposición, ni las Comunidades Autónomas. La abundancia de normas improvisadas, a veces poco entendibles, cuyo cumplimiento es además sometido a trámites burocráticos

interminables, genera considerable descontento en la ciudadanía que, según las encuestas, desaprueba la gestión de la crisis. La prensa y la oposición recuerdan al presidente que la lealtad que demanda en la lucha contra el virus no equivale a un cheque en blanco para que tome decisiones sin ni siquiera establecer un diálogo previo.

El personal sanitario sigue solicitando equipos de protección para su trabajo y más de diez mil de sus integrantes han sido contagiados por el virus. Después de casi tres semanas de confinamiento se perciben los primeros destellos de cansancio y depresión. Las familias, privadas del último adiós a sus seres queridos, aguardan con tristeza infinita el momento en que poder exteriorizar el duelo. La muerte sigue siendo un guarismo en las declaraciones de los políticos y en las noticias de la televisión, pero los españoles mantienen de antaño una especial relación con ella. Los místicos como Teresa de Ávila o Juan de la Cruz la consideraban una liberación y un descanso, siendo la vida «una mala noche en una mala posada». Las noticias sobre la pandemia recuerdan los versos memorables de Manrique: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar/ que es el morir.../ allegados son iguales,/ los que viven por sus manos y los ricos». El mar es hoy una pista de hielo llena de cadáveres, las calles vacías, negocios cerrados, enmascarado el rostro de las gentes. Como si el mundo hubiera perdido el resplandor.

Extractos de un
Diario del confinamiento

El poder de los idiotas

I

Escribo estas líneas abochornado por el deleznable espectáculo que los responsables de la gobernación del mundo nos regalan a diario, con desprecio a la incalculable pérdida de vidas humanas y al sufrimiento de una sociedad perpleja y aturdida, víctima de sus errores. La desaparición del antiguo orden mundial que emergió en los años cuarenta ha dado lugar a lo que podríamos denominar un nuevo e imprevisible desorden. En casi cualquier lugar de la Tierra las protestas contra el poder establecido, sea cual sea su naturaleza, han crecido de manera fulgurante, alimentadas por la publicidad de las redes sociales a través de las que se convocan. La mediocridad de gran parte de la clase política, elevada mediante el ejercicio del sufragio a las más altas magistraturas en muchas democracias occidentales, es a la vez causa y consecuencia de la situación.

Hay quien se pregunta cómo es posible que tantos países, y tan importantes, estén gobernados por auténticos idiotas. Olvidan que las instituciones de la democracia se basan a fin de cuentas en la gestión de la ignorancia. El sistema, lejos de aportar por sí mismo soluciones a los conflictos, es un método bastante elemental: se limita al hecho de

que los gobernantes sean elegidos y destituidos por la voluntad ciudadana mediante elecciones periódicas, libres y secretas. No garantiza la solución de los problemas, antes bien constituye uno de ellos, y de los más grandes, pues pretende establecer procedimientos y normas que promuevan la igualdad de los ciudadanos en la toma de decisiones, especialmente en la designación de sus representantes. En realidad, la democracia no es la solución a nada, pero debe ser en cambio la condición de todo en un país que aspire a gobernarse en libertad.

¡Libertad! Esta es a la vez meta y sustento de toda democracia. ¿Libertad para qué?, se preguntó Lenin. Libertad para ser libres, le contestó un intelectual español socialista. Se trata de un bien siempre escaso, siempre amenazado, cuyo disfrute reclama una vigilancia constante y una defensa rompedora de prudencias y convencionalismos. A veces pareciera como si las nuevas generaciones no fueran suficientemente conscientes de este hecho, acostumbradas como están en los países democráticos a nacer y vivir libres, pese a todas las cortapisas, limitaciones y miserias evidentes. Estas no hacen sino recordarnos que no existe ningún derecho ni bien absoluto en la Tierra, por lo que es preciso valorar los que tenemos y luchar por ellos.

En gran parte del mundo, allí donde la población puede expresar libremente sus opiniones, es general el menosprecio hacia la clase política, la mediocridad recurrente de su liderazgo y su apropiación indebida de las instituciones, cuya independencia se ve seriamente vulnerada. ¿Cómo se explica —nos preguntamos— que gente de esa calaña sea la que determine nuestro futuro individual y colectivo? Cuando digo que muchos son idiotas no empleo el término con ánimo ofensivo o de insulto, pese a que algunos lo merezcan, sino en la segunda acepción que registra el diccionario de la Real Academia Española: «Engreído sin fundamento para ello». No es difícil atribuir dicha condición a personajes tan pintorescos como funestos. Hablo por ejem-